

EL ORIGEN DE LA PALABRA "BANCARROTA"

FERMÍN PEDRO UBERTONE

A la memoria de Enrique Silberstein

I. Al estudiar la historia del Derecho comercial habíamos leído que los comerciantes, cuando se encontraban en insolvencia, acostumbraban poner un banco roto en la puerta de su negocio, para hacer saber a los demás la situación. Nos parecía que eso no tenía ni pies ni cabeza, pero todos contaban la anécdota y nadie explicaba por qué.

Enrique Silberstein, en su libro *Los Asaltantes de Caminos* (Carlos Pérez Editor, Ba. As., 1969), se ocupa de las ferias y mercados en la Edad Media, y nos ofrece un interesante cuadro de la vida cotidiana —y sobre todo del espíritu— de la época. Nos resultó muy útil para el tema de esta nota.

II. En las ferias de la Edad Media se juntaba gente de todo el mundo, cada cual con la moneda de su país, por lo que se hizo necesario que alguien cambiara unas monedas por otras. La persona dedicada a esa tarea recibió el nombre de cambiista, y con el tiempo se convirtió en un verdadero banquero. Sus elementos de trabajo eran una balanza de precisión, los libros en los que anotaba sus operaciones y —sobre todo— las monedas que poseía.

Llevaba en sus viajes esos elementos en un gran cajón, llamado en italiano *banco* (o *banca*) que cerrado era una caja, y dado su valioso contenido, una *caja fuerte*. Cuando se abría formaba un mostrador detrás del cual se ubicaba el cambista para atender a sus clientes; es decir, se convertía en un quiosco.

De este tipo de bancos dice Silberstein (*op. cit.*, p. 84): "Debe haber sido más o menos semejante a esas estructuras metálicas que usan actualmente los vendedores de diarios en las esquinas de Buenos Aires, que cuando están cerradas son una caja y cuando se abren tienen lugar hasta para dormir".

Este habría sido el banco que el cambista —y luego los demás comerciantes, que de él habrían tomado ejemplo— rompía para informar de su insolvencia; lo cual ya va tomando color (dicho más técnicamente: esto se va volviendo más verosímil), porque significaría la destrucción de las instalaciones que poseía para trabajar, y sin las cuales no podía ser cambista.

Sin embargo, todavía no nos convence. Vamos a proponer a los lectores otra explicación, imitando un poquito el estilo del autor citado. Con el debido respeto.

III. Como el banco de los cambistas —habiendo sido hecho especialmente para guardar monedas— era el más seguro, los demás comerciantes le solían dejar en depósito sus monedas durante la noche, mientras se iban de pachanga. Y alguna que otra vez el cambista —que no era de madera— también se iba de juerga.

Puede que alguna vez, al volver de la parranda, el cambista se haya encontrado con que alguien (posiblemente el guardián que había dejado, si es que había tomado esa sabia precaución) le había hecho un precioso boquete al banco y se había rajado con todo el vil metal que allí reposaba, y que era precisamente lo que hacía del banco del cambista el más tentador para los amigos de lo ajeno.

Nuestro buen cambista puede haberse quedado hasta el día siguiente para explicar a sus clientes lo sucedido y que no podía pagar por el robo, que no era culpa suya, que como prueba tenían ante sus ojos el *banco roto*; pero mucho más

probable es que el amigo cambista haya tomado las de Villadiego, porque en aquel tiempo (¡y sobre todo cuando se trataba de la guita!) no era cosa de confiar en la oratoria.

Podía ser también que el cambista hubiera perdido hasta las pilchas en la timba, o que se hubiera gastado todo dándose las de *play boy* con lo que los confiados mercaderes le habían dejado en custodia; puede ser también que el cambista hubiera decidido cambiar de aires, y se hubiera mandado a mudar con las alforjas llenas. Pero el caso es igual: el cambista se ha ido durante la noche.

A la mañana siguiente, los primeros mercaderes que van a buscar su contante-y-sonante se extrañan de que el cambista no aparezca por ningún lado, y deciden entonces retirar sus fondos por sí mismos, es decir con un hacha, con la que hacen trizas el banco y los huesos del cambista si lo llegan a tener a mano: ¡porque se ponían hechas unas bestias los mercaderes cuando descubrían que los habían currado!

Instantes después tenemos ya el banco *roto como seña!* de insolencia, y la noticia corre como por un reguero de pólvora.